

Rutas Narrativas de Mujeres Indígenas en el Cauca: Territorio, Tradición, Re(presión)

Socorro Corrales Carvajal

Universidad del Cauca

Hacer y cambiar la historia requiere de las versiones de quienes recorren las rutas trazadas por la sociedad. Esta condición se palpa en la lucha contra el genocidio, contra el machismo, contra todo tipo de exclusión y discriminación

Resumen: Desde las historias de vida de cinco indígenas del Cauca, en este artículo se recogen y enfatizan la voz y subjetividades femeninas que revelen las encrucijadas y dilemas que padecen las mujeres en su diario acontecer, sin renunciar a sus sueños y esperanzas. Es decir, se trata de construcciones emocionales y sociales que permiten a las mujeres subsistir en medio de la barbarie y contribuir mediante sus palabras a visibilizar, reconfigurar y contextualizar en Colombia el pensamiento femenino.

Palabras clave: historias de vida, mujeres, subjetividad, miedo, narración, silencio, territorio, conflicto.

Abstract: *This paper focuses on the stories of five Indian women from Cauca, Colombia. It not only emphasizes on feminine voices and subjectivities, but also reveals the dilemmas and crossroads women endure on their everyday lives even though they don't abandon neither their hopes nor their dreams. Moreover, it shows how their emotional and social constructions allow them to survive in the midst of barbarism, and how they contribute through words to visualize, reshape and provide a context to the feminine thought in Colombia.*

Key words: *life stories, women, subjectivity, fear, narration, silence, territory, conflict.*

La Ruta Pacífica: Una experiencia de resignificación cultural

La Ruta Pacífica es una de las expresiones nacionales del movimiento social de mujeres en Colombia que hace parte del creciente movimiento ciudadano por la paz y que como integrante de la sociedad civil, con una propuesta política feminista que propugna por la negociación del conflicto armado, se resiste a la guerra. Este proceso organizativo de mujeres para repudiar la guerra se inicia en 1995 entre algunos grupos, organizaciones y ONG de mujeres colombianas que hoy sobrepasan 350 vinculaciones. En actualidad, la Ruta Pacífica tiene trabajo directo en Medellín, Bogotá, Bucaramanga, Valle del Cauca, Cauca, Chocó, Putumayo y Risaralda. Esta iniciativa femenina cuenta con dos distinciones internacionales: la primera, en el

año 2000, galardonada por las Naciones Unidas y la ONG (Alerta Internacional) con el Primer Premio Milenio de Paz, como un émulo del Premio Nobel de Paz. La segunda, en 2003, la Embajada de Francia nos otorga una mención de honor por los aportes a la construcción de paz en Colombia.

Como propuesta política, la Ruta se empeña en que las mujeres nos expresemos no sólo como supervivientes de la guerra, sino como actrices sociales y políticas del proceso de negociación y de construcción de la paz. Por lo tanto, visibilizar los efectos de la guerra en la vida de las mujeres, construir una ética de la no violencia, clamar por la negociación entre el Estado y los diferentes actores armados para que consideren con urgencia un acuerdo humanitario, el cese al fuego, el respeto a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario son prioridades a las que la Ruta se dedica mediante estrategias de denuncia, capacitación, movilización e investigación.

La Ruta está conformada por mujeres de diferentes etnias (indígenas, afrodescendientes, mestizas): amas de casa, universitarias, profesionales, intelectuales, trabajadoras, incluso, algunos hombres. Sin embargo, la base social de la Ruta se integra, en especial, por mujeres de sectores populares; quizá, por quienes encaran a diario el conflicto armado que padece Colombia. Pero todas son mujeres dispuestas a romper el silencio, y los múltiples miedos que produce la guerra.

Para romper el silencio histórico y expresar nuestro rotundo no a la guerra, en la Ruta asumimos la paz no sólo como el resultado de la negociación del conflicto armado sino, también, como la reconstrucción moral, ética y cultural de cada pueblo, ciudad y/o región; pues consideramos que el conflicto armado es un asunto geopolítico, ya que en Colombia es evidente que el centro de los conflictos está donde se concentran las mayores riquezas de la nación: Urabá, Putumayo, Cauca Magdalena Medio, Sur de Bolívar; zonas estratégicas para el desarrollo de grandes macroproyectos.

Las perspectivas sociopolíticas de la Ruta se pueden sintetizar en:

- Rechazo a la carrera armamentista.
- Ejercicio de un pacifismo comprometido que promueva una ética de la no violencia, y que reconozca y respete la diferencia (de género, étnica, de religión, política) como elemento esencial.

- Respeto al derecho internacional humanitario en la perspectiva de fortalecer y exigir el derecho a no ser involucradas, como población civil, en la guerra por ninguno de los actores armados, y bajo la perspectiva de participar en la concertación y negociación del conflicto.
- Impulsar la movilización de las mujeres colombianas en resistencia a la guerra.
- Construir un análisis feminista sobre el conflicto armado colombiano, que permita señalar lo patriarcal de la guerra.
- Analizar las diferentes dimensiones de la violencia desde lo privado a lo público, vinculando la violencia cotidiana sobre las mujeres y la guerra que se vive en el país.
- Trabajar un proceso político y metodológico sobre el conflicto armado en el país y sus posibles salidas.
- Contribuir a fortalecer el movimiento social de mujeres, alrededor de una apuesta pacifista y feminista.
- Hacer sostenible la movilización de las mujeres en torno a una salida política negociada.

Con dichas perspectivas, en el proceso de capacitación y reflexión que la Ruta hace para preparar las movilizaciones, muchas mujeres de los municipios que no han tenido esta mirada de la guerra y del trasfondo de lo que significa el feminismo y el enfoque de género, dicen que les gustaría saber más de los derechos de las mujeres y las conquistas femeninas a través de la historia. Como son mujeres que, en su mayoría, forman parte de organizaciones sociales es de esperar que este aprendizaje lo hagan con sus propias organizaciones, pero la verdad es que sobre el tema hay mucho camino por recorrer, puesto que aun en muchas organizaciones e instituciones se resisten a reconocer la discriminación de las mujeres como un problema estructural que impide la democracia.

Es importante destacar que desde 1995 hasta 2004, cada 25 de noviembre, “Día Internacional contra la violencia hacia las mujeres”, la Ruta realiza una movilización nacional que cada vez se nutre de más mujeres. La primera movilización, de más de 3,000 mujeres (procedentes de 20 municipios), fue hasta Mutatá, municipio del Urabá Antioqueño; y la última, en 2003, fue hasta el Departamento del Putumayo, una de las regiones donde las fumigaciones y las

confrontaciones armadas no dan tregua. Estas movilizaciones han generado procesos locales que hacen que se emprendan movilizaciones regionales, en las que las mujeres hacen sentir sus preocupaciones pero también ponen en el escenario público su disposición e ingenio con nuevos lenguajes para aportar a la paz. Este proceso de rechazo a la guerra le implica a la Ruta un trabajo constante de preparación que, a mi modo de ver, se ha vuelto una escuela de liderazgo y renovación cultural.

Una escuela, en el amplio sentido de la palabra, porque la formación, que encarna antes que nada un pensamiento plural, integral y, en consecuencia renovador, es el quehacer de la pedagogía, y la pedagogía está en comunión con la escuela y en ésta reivindicamos lo popular, la diferencia, la diversidad, el ser y algunas veces el trabajo histórico de las mujeres que ha desembocado en los estudios de género. Por lo tanto, el trabajo de género en la Ruta Pacífica es una apuesta de resignificación cultural en la que las mujeres, en el sueño por la paz, nos revisamos en muchos aspectos, en lo sexual, en lo histórico, en lo simbólico, en los medios de comunicación, en la ciencia, en la salud, nos preguntamos por nuestra representación en los ámbitos de poder (de aquí la importancia de la Ley de Cuotas que busca promover la participación de las mujeres en los campos de dirección y decisión), en el compromiso de pareja; todo con miras a entender la más cercana y elemental relación: hombre-mujer. En fin, vemos la historia y la educación como complejidades humanas que deben ser resignificadas y contextualizadas, y en las que han sido necesarios cientos de años de lucha y resistencia para que se posicione lo femenino en los campos del saber, no para que se superponga, o se entronice a las mujeres, o porque nos consideremos la quintaesencia de la humanidad, sino para que se vean los desacordes históricos pero también los beneficios de la equidad de género. Pensemos en la manera cómo se nos ha tratado e idealizado. Somos la reinas del hogar, sin embargo, el día de las madres se torna, por desdicha, en tragedias; el día de las mujeres en un carnaval de vanos halagos; el hecho de estar embarazadas nos limita en la búsqueda laboral; somos a la vez la fuente de inspiración y de la perversión: detrás de cada gran hombre hay siempre una gran mujer. Por este estilo circulan expresiones en la casa, en la escuela, en los medios de comunicación. En este marco lingüístico y cultural la pregunta crucial es por lo femenino y por saber hasta dónde los esfuerzos organizativos (movimientos sociales de mujeres de todos los

estratos), los logros jurídicos – por ejemplo Ley 294 para prevenir la violencia intrafamiliar, la Ley de cuotas –, los avances científicos, los materiales en torno a la equidad de género se estudien y aprovechen en los procesos de renovación social y de empoderamiento local.

Acorde con lo anterior, la Ruta considera de importancia vital acompañar a las organizaciones sociales en un trabajo de reconocimiento, reflexión y cambio en torno a lo que somos las mujeres, en lo individual y colectivo, y en términos del desarrollo y la justicia social, para lo cual es primordial contar con la voz y subjetividades femeninas que revelen las encrucijadas y dilemas que padecen las mujeres en su diario acontecer. Es decir, que más que pretender versiones objetivas sobre la realidad, se trata de construir oportunidades para conversar con mujeres que pocas veces tienen la oportunidad de ser oídas y valoradas. Al respecto, “(...) la narración es un mecanismo fundamental de comprensión de sí mismos y de los otros, por lo que la relación entre la narrativa y la formación o transformación es una reflexión sobre la identidad” (Larrosa, 1998:388). Desde esta posibilidad, que surge del marco sociopolítico que la Ruta ha configurado en sus casi 10 años de proceso organizativo, se diseñó y se llevó a cabo durante junio de 2003 y hasta marzo de 2004 en los departamentos de Cauca, Putumayo, Chocó y en la ciudad de Medellín la investigación “Los efectos del conflicto armado en las mujeres y formas de resistencia”. La investigación en mención posibilitó historias de vida de cinco mujeres de cada una de las regiones propuestas, cuyos relatos dieron origen a un documento que está en elaboración y que el equipo investigador ha titulado “Palabras, representaciones y resistencias de mujeres en el contexto del conflicto armado Colombiano”. Este artículo es parte de las historias de vida de las cinco mujeres del departamento del Cauca.

Palabras y subjetividades femeninas

Las palabras, al nombrar los hechos, los sucesos, las cosas, las personas, tejen universos emocionales, sociales, culturales. Al decir de Julia Kristeva, “la palabra es cruce de palabras”; y por ello toda narración, toda verbalización, expresión oral o escrita es un texto que testimonia, revela, evidencia y protege el pensamiento y memoria de los pueblos, y pese a las barreras sociales o culturales para operar cambios, es a la vez un proceso de renovación e interacción histórica constante.

Las palabras son ante todo metáforas porque entre el significante y el significado no hay una relación ni lógica ni material, es una configuración mental y social que se tornan en múltiples verdades, dependiendo de quienes las vivencien, las escuchen, las retomen, las retransmitan y las reelaboren. Es decir, se trata de representar, de simbolizar, de hacer con las palabras cosas, tejer con el verso universos emocionales y sociales. Pero no el verso en sentido métrico, porque si así fuera, toda expresión que no rime, sería un lenguaje vulgar, corriente y de allí lo prosaico al contraponer verso y prosa. En las historias de vida lo que prima es el decir, es el compartir, es la versión de quien dona sus palabras como el testimonio que, quizá, nadie ha escuchado, nadie ha validado o ni siquiera contemplado para reconocer a la persona que ha vivido en carne propia una suceso de trascendencia para la sociedad; para el caso que nos ocupa, la vivencia por parte de las mujeres, en la guerra que padece Colombia.

Según Borges. “metaforizar es pensar, es reunir representaciones e ideas”. En este sentido, las historias de vida no son otra cosa que metáforas que hacen posible retrotraer a la memoria de quienes con-versan (usan el verso: y el verbo se hizo carne) sus representaciones, sus ideas para que fluya el ser, para que el sujeto perdido, envoltado, invisibilizado, silenciado por la sociedad, ponga en palabras sus vivencias, sus dolores, sus propuestas, sus sueños y sus derrotas. Construcciones emocionales y sociales que permiten a las mujeres subsistir en medio de la barbarie para proyectar sus necesidades prácticas (alimentación salud, educación, vivienda) y estratégicas (participación, representación, dirección, decisión) , sus sueños de ver a Colombia en paz. O sea, que el territorio, el lugar donde se vive y construye comunidad permita ser el espacio donde se pueda conversar sin temor a señalamientos, ultrajes desapariciones, desplazamientos y, sobre todo, donde se pueda trabajar y confiar, no sólo en la gente de la comunidad sino también en la gente que llega, en la gente que pasa para poder arribar a su destino.

Ni la metáfora ni, por ende, la historia de vida pretende encontrar veracidad, tal vez, tan sólo fabular. Gadamer dice que esta palabra “fábula”, tan constreñida a la literatura, tiene su raíz etimológica en el verbo latino *fari*, hablar; porque sólo esta palabra conserva, a diferencia de la leyenda, la relación etimológica con el verbo decir (*sagen*). Como seres empalabrados y metafóricos decimos lo que sentimos, lo que vivimos, lo que queremos y no que queremos, y esto es

lo que nos constituye en seres mentales, en seres intelectuales para crecer en lo material y espiritual. Hoy no es posible intercambio alguno si no hay palabra, si no hay metáforas (Susan Sontang sostiene que no es posible pensar sin metáforas) si no hay con quien conversar y a partir de esta conversación hilar el mundo en su infinita búsqueda, explicación y recreación. Que el silencio sea una opción, no una imposición del miedo y la barbarie, que callemos para recrear nuestros pensamientos pero no para hundirnos en la desolación.

En virtud de lo anterior, las historias de vida permiten re-cordar volver a pasar por el corazón y con-versar (*cogitar*), ejercicio humano de sopesar lo vivido, los riesgos asumidos, las falencias, las carencias, las intransigencias, los senderos y las huellas para vigorizar, para hallar y construir sendas imaginadas, poco exploradas y valoradas en lo social y en lo cultural; como ha sucedido con la voz y acción de las mujeres.

Al con-versar con mujeres que de una manera u otra tienen su trance en la guerra, el silencio histórico y cultural del que padecen, acrecienta, sin que ellas se den cuenta, su dolor; pero al con-versar también valoran sus quejas, resaltan sus resistencias individuales o comunales, su capacidad para sobrevivir y pervivir. En el fondo, lo que se hace en dicha conversación femenina es una tramitación de silencios acumulados, de recuerdos guardados, de renunciaciones continuas, de sueños jamás hechos realidad y de dolores nunca purgados. Entonces, las historias de vida son tradiciones orales que rompen linealidades previstas y esperadas por los dominadores. Este planteamiento, acotado de Walter Benjamin, reconoce que “la historia es el dominio de la clase dominante, mientras que los subordinados se relegan al campo de la tradición”. Las historias de vida nos permite inferir que las mujeres afectadas por los conflictos armados narran por fuera del lugar esperado sus dramas y aspiraciones para situarse en sus territorios emocionales de padecimientos y de esperanzas, relatos en las que ellas son actrices y autoras, al anudar el yo individual con el colectivo, reconociendo y sintiendo en su propio cuerpo y corazón la distancia y cercanía de sus muchos yo.

Es con palabras que el espíritu humano piensa y es por medio del lenguaje que vamos más allá de la cultura. Con el lenguaje vamos más allá de lo que a través de la historia hemos cultivado (de aquí la posibilidad de soñar, de cambiar, de resistir), lo que está en el origen y

uso de las palabras, de las frases, del discurso, de lo que decimos, es el significado según el entorno y aspiración de cada quién que le adjudicamos a las palabras y desde los significados construimos múltiples metáforas. Por lo tanto, el lenguaje es la puerta de entrada y salida de la subjetividad al universo de lo simbólico, a lo que nos permite comunicarnos y, a la vez, diferenciarnos como seres individuales y como seres sociales. También, el lenguaje nos permite problematizar nuestras concepciones y nuestras relaciones al percibir y nombrar las dinámicas de la vida, porque al decir de Foucault “sobre las palabras ha recaído la tarea y el poder de representar el pensamiento. Pero representar no quiere decir aquí traducir, proporcionar una visión visible, fabricar un doble material que sea capaz de reproducir, sobre la vertiente externa del cuerpo el pensamiento en toda su exactitud. Representar es oír en el sentido estricto (...)”. Y oír historias de vida es lo que la Ruta se ha dispuesto con esta investigación, pero no como un mero procedimiento para sustituir una palabra por otra, una historia por otra. Es un ejercicio de subjetividad, entendida ésta como lo que cada ser humano siente, presiente y representa para sí y para exteriorizar. Así “(...) la educación mantendrá su sentido original, el que se deriva del *ex-ducere* de su etimología latina: conducir afuera, afuera de lo que uno es, afuera del camino trazado de antemano, fuera de lo ya dicho, de lo ya pensado, de lo ya interpretado” (Larrosa, 1998:482). En otros términos, subjetividad es lo que caracteriza al ser que afirma algo.

En suma, las subjetividades tejen historias de sentimientos sobre pertenencias y representaciones de un pueblo, comunidad o etnia y de su concepción de territorio. Sentimientos que están relacionados con los ordenamientos y sentidos sociales de preguntarse: ¿quién soy yo? Construcción que se forja en dialogo con múltiples tiempos y en la sociedad en la que se vive y se quisiera vivir. La subjetividad es la que nos permite a mujeres y hombres reconocer a qué pertenecemos (no a quién pertenecemos), con qué nos identificamos o nos identifican, cuáles son los rasgos o puntos comunes que tenemos como seres humanos, como integrantes de una comunidad. Es decir, qué imágenes reflejo, qué imágenes construyo como ser independiente y libre, pero siempre adscrito a una colectividad y a un territorio.

En consecuencia, una historia de vida es, en su más arcana acepción, emergencia del yo cultural que la historia ha escindido, censurado, silenciado, invisibilizado en lo individual y en lo colectivo. Yo que

brotan por acción mancomunada y osada entre quien habla y escucha para unir palabras, silencios y desafíos de quienes exhaustas buscan cobijo para que no se enfríe el corazón ni se “endiose” la razón y sobre todo, la de unos (casi siempre la razón, la versión masculina).

Quiénes narran

Las cinco mujeres del departamento del Cauca en Colombia, que permitieron que sus voces y relatos salieran de sus territorios¹ emocionales y geográficos, son todas indígenas de nacimiento y de tradición, con ímpetu de liderazgo por su acendrada participación y organización comunitarias. Se trata de dos indígenas páez o nasas como prefieren autodenominarse en su propio idioma nasa yuwe y tres yanacas; con edades entre 26 y 55 años. Dos viven en sus comunidades indígenas; de las otras tres, una va y viene de su Resguardo a Popayán, otra vive en la cabecera municipal y más ahora que acompaña al alcalde electo en su programa de gobierno y la otra está radicada en Popayán; pero las tres siguen ligadas a sus tradiciones y convicciones por el cordón umbilical que está enterrado en sus comunidades, su arraigo lo sienten y viven estén donde estén.

Las dos nasa son bilingües, hablan su lengua nativa y, por supuesto, el español, con niveles distintos dadas sus experiencias en el mundo blanco, su nivel de escolaridad y la necesidad de información para intercambiar con la sociedad “dominante”. Al respecto, una de ellas manifiesta:

Yo pienso que fui educada en una familia en un pueblo páez, en un pueblo nasa de verdad, de corazón, de nacimiento y de raíz. Yo hablo muy bien nasayuwe, yo empecé a estudiar en una parte donde no hablaban nasayuwe, desde pequeña lo aprendí pero ya grande cuando terminé la primaria mi abuela me enseñó, al año aprendí nasayuwe. En este momento lo hablo pero en todavía no se da la escritura (...).

Una de ellas es gobernadora, cargo que hasta hace poco sólo era para los hombres. La otra, es una reconocida lideresa en un municipio afectado, como muchos otros, por las incursiones guerrilleras. Ambas manifiestan su rechazo rotundo a la guerra y sienten, al igual que las

¹ Se acoge la construcción simbólica de territorio para referir a los lugares, momentos y sentidos que las indígenas le dan a sus procesos de resistencia y supervivencia étnica.

yanaconas, que el conflicto en Colombia, y de manera muy especial en las comunidades indígenas, es una abierta disputa por la tierra. Las respuestas a la pregunta: ¿quién piensa fue el o los responsables de la situación que vivió?, ilustra tal afirmación: “el gobierno, porque según nosotros estamos exigiendo la legalidad de las tierras y como ellos también quieren esas tierras”.

Los actores armados son los responsables porque amenazan con tomarse la tierra y llevan a cabo matanzas para que nos vamos y les dejemos la tierra que tanto nos ha costado recuperar

Las cinco indígenas tienen hijos e hijas, una sólo mujeres. La indígena más joven, de 26 años, está en su primera relación de pareja, tres tienen una segunda relación y la mayor habla con cierto orgullo de su separación pero no da a conocer si tiene otro compañero.

Todas han trabajado como empleadas domésticas fuera de sus comunidades, el rebusque en otros menesteres es parte de sus historias y de sus maneras de resistir contra la pobreza, y no siempre contra el hambre, porque bien o mal si tienen tierra tienen qué comer.

El ingenio vital para resolver situaciones conflictivas plantea que desde muy niñas han debido sortear momentos difíciles por amenazas de muerte que las circundan:

(...) me tocó que regresar a la casa y ese día el señor me preguntó para dónde me había ido, que si yo abría la boca me mataba. Yo pienso que ese fue el momento más duro de mi vida y le dije: pues máteme, no le tengo miedo. Yo tenía nueve años cuando ocurrió eso, le dije que me matara, la vida no la tengo comprada, no se la he comprado a usted ni la vida de mi papá tampoco. Le dije que me matara y él me preguntó que si yo sabía dónde estaba mi papá y le dije que no, que simplemente me había ido para donde mis abuelos, fui a decirles que teníamos visita, ni siquiera fui a decir que usted estaba buscando a mi papá para matarlo, simplemente fui a decirles que nos habían visitado y que nosotros no teníamos ni siquiera panela para darle al otro día, le pedí panela a mi abuelo para darle tinto a usted, entonces ya el señor se sentó y nos sentó a nosotros (...).

Todas las cinco mujeres relatan su identidad étnica con usos y costumbres indígenas. Las cinco indígenas pertenecen en sus resguardos a grupos de trabajo y reconocen al resguardo y al cabildo como sus formas de organización y de autoridad.

Mi papá y mi mamá buscaban el médico tradicional, el médico tradicional nos curaba del duende (...) apenas uno nacía como que los abuelos hacían remedio (...) aunque todavía existe esa creencia del duende. Dicen unos, que si se curan es porque van a ser médicos tradicionales, los que no, muchas veces se enferman, enloquecen y mueren. Yo conozco historias de gente que se ha enloquecido, por

ejemplo en la familia de mi primer esposo existe mucho esa creencia y como que a dos hermanos les pasó eso, los recuperaron pero como que no pudieron hacerle efecto los remedios y un día se desaparecieron y los encontraron muertos. Yo le he dicho a mis hijos y siempre lo diré, y me da rabia porque hay uno de mis hijos que no quiere aprender el nasayuwe y la identidad de uno es el idioma, su forma de ser, su forma de reconocer la autoridad del pueblo de donde viene, su tierra, su forma organizativa y todo eso; porque es que los indígenas han tenido tantas posibilidades de ir a las universidades y estudiar y las universidades están abriendo las puertas con esas posibilidades y ya muchos indígenas han sido profesionales, pero esos indígenas profesionales desgraciadamente no han regresado a las comunidades, se han quedado, quizás, haciendo manillas y vendiendo en la ciudad. Entonces uno se pone a pensar eso, qué va a mandar uno los hijos para que se queden por allá, si los estamos mandando a capacitar en la comunidad, que se sientan indios y a la vez profesionales, pero que se sientan de su tierra y de sus valores culturales.

Fuimos atendidos por una partera que todavía vive y es la madrina mía. Mis papás eran Yanaconas, cuando yo nací mis papás ya no hablaban lengua, hay algunas palabras que todavía se usan como “atatay”: asco; “achichuy”: frío; “acacay”: miedo; “achichay”: marrullero: enredador, mentiroso; pero ya casi nadie habla, esas son las palabras que todavía recuerdo.

(...) ser indio no es ser ni sucio ni cochino ni vivir miserable, ser indio es mantener su forma de pensar, uno puede vivir en una casa de tres pisos y mantener su identidad.

De niñas, las cinco fueron a la escuela y para ellas ésta era el único espacio para relacionarse con otras niñas. No les gustaban los niños porque no las respetaban. No se les permitía jugar con niños ni relacionarse con personas adultas, una aprovechaba que su papá la llevaba a los cultos para poder hablar con alguien distinto a sus familia. Todas recuerdan que la inspección de policía, la escuela y la Iglesia eran las instituciones que había en sus comunidades.

Sin excepción las cinco indígenas recuerdan que su papá golpeaba a su mamá y ésta amenazaba con abandonarlos, y eso les causaba mucho dolor. Hoy entienden el porqué de estas amenazas porque han padecido del mismo mal, han sido golpeadas. El silencio o esconderse era para ellas la única solución a los conflicto de su hogar, dos indígenas desde muy niñas pensaron que lo mejor era huir y otra pensó en suicidarse, sobre todo, porque no comprendían por qué la mamá no se defendía y porque no entendía por qué su mamá al parecer no la quería Salía de sus escondite sólo después de su padre golpeaba a su mamá.

Todas además de limpiar, cocinar debían a ayudar en el trabajo de la huerta. Las madres no tenían tiempo para ellas.

Mi mamá siempre estaba trabajando en la lana y por estar mambeando (mascando coca) ni siquiera me ponía cuidado cuando le hablaba. Vivía muy pegada del trabajo y eso de mambeo no le daba posibilidad de hablar con nosotros, apenas me doy cuenta ahora que yo soy mamá y el tiempo en la casa no me alcanza para hablar con mis hijos.

Se percibe una fuerte censura a sus madres porque las castigaban.

Lo que más recuerdo era que nos castigaba ¿qué le haría yo?, recuerdo, me acuerdo que me iba a castigar, pero no me acuerdo si me alcanzó a castigar, pero yo me acuerdo tanto, ¿qué le haría yo? Ya que mi mamá cogió el rejo pa' castigarme, y yo me volé de un barranco, me acuerdo, cuando yo iba en el aire mi mamá sonó a decir: ¡esa muchacha se va a matar! Me volé por no recibir fute. Como muy dedicada al trabajo, ella, recuerdo, recuerdo así, y eso siempre me viene a la cabeza verla sólo trabajando, mi mamá a nunca jugó con nosotros.

El padre era quien les proporcionaba algo de cariño "(...) mi mamá como que se dedicaba mucho al trabajo, sería como la preocupación del maltrato, uno le hablaba y ella no le ponía cuidado, en cambio a mi papá si como que era mas apegado a los hijos siempre vivía cargándolo a uno, y en ese tiempo nunca pensar mal que me iba hacer algo". En la última parte de este ejemplo, se nota el conocimiento que la indígenas tiene del abuso sexual de muchos papás y cuenta que en los cabildos indígenas esto apenas comienza a atenderse y entenderse como un problema grave de convivencia, de salud y de justicia.

Porque ella se dio a la confianza, en ese tiempo uno a un profesor le tenía tanto respeto, tanto recelo, como un profesor era de la muy alta y ella iba a la casa y dormía conmigo, yo le contaba de los libros, ella me daba a entender, con ella compartía más. Mire que ese libro dice (...) yo me acuerdo tanto de una leyenda de un libro que decía "Cuando vayas a una fiesta nunca te hagas en partes oscuras, ni permitas que tu rosa blanca, que llevas en la cintura, que no se aje, ni se deshojé"; a mi papá nunca le pude preguntar, en cambio ella me dio a entender, con ella compartíamos, siempre iba ella porque me gustaba leer.

Los sueños

Llama la atención la importancia que para la indígena mayor tuvieron los libros en su proceso de socialización, quizá de este interés se desprende uno de sus sueños; que alguien le escribiera una carta a máquina.

El sueño más recurrente: ser enfermeras, maestras, mandar, ayudar a otras personas, trabajar para poder comprar lo que necesitaban. Una

sueña aún que puede llegar a ser gobernadora del departamento. No todas soñaban con ser madres.

Una deseaba tener muñecos plásticos y una muñeca negra y deseaba salir del pueblo. Al narrar este deseo fue bastante conmovedor verla llorar y reiterar que nunca pudo tener en su vida una sola muñeca y que por esto a sus nietas lo primero que les regaló fue las muñecas negras que jamás pudo tener.

In-corpóreas

La única mención del cuerpo es para decir que sus lo cuidaban en el embarazo y la dieta con yerbas y cuando les venía la menstruación. Dicen las indígenas que no es que se pensara en el cuerpo, lo que se piensa es en la salud para dar hijos y para no dañar los productos de sus huertas; por eso “cuando nos venía la menstruación no podíamos ir al río, a la huerta”. Negar o tan siquiera poner en duda la relación entre cuerpo y naturaleza que las culturas amerindias han construido o intuitivo, sería un abrupto desde todo punto de vista. Pero lo que también es cierto es que las indígenas reconocen que no han sido tratadas acorde a lo que son: personas que al igual que los varones merecen consideración para cuidar su cuerpo, para pensar en su capacitación, participación en su deseo y necesidad de gobernar para brindar protección, para relacionarse con otras personas y comunidades.

Sobre el sexo nunca nadie les habló, fue ya en la relación de pareja que descubrieron tal dimensión humana. Lo único alusivo al tema es cuando una comenta que su madre la maltrató cuando supo que había menstruado. La mayor dice que su padre vino a hablarle a los 18 años sobre la menstruación como si fuera una enfermedad. Recuerdan a las maestras como personas que les brindaron mucho cariño, pero tampoco ellas le hablaron de la sexualidad.

La mayor: Uno de sus sueños fue ver escrito su nombre a máquina

Fuimos tres mujeres, cuatro hombres. Yo nací de cuarta. Ahora soy mujer separada por no querer tener más hijos. Tuve dos hijas y un hijo que estudia en la Universidad Nacional en Bogotá al que me ha tocado mantener con mucho esfuerzo a punta de vender quesos, de la tienda y de los pagos por el arriendo de un garage de la casa que tengo en Popayán.

Mi sueño de niña era, cuando yo empecé a ver escritos a máquina, mi sueño era que me escribieran una carta a máquina, y yo no sé, como desesperada que mi nombre estuviera escrito en máquina. Yo deseaba que me escribieran así, que fuera en máquina.

Y al preguntarle si se le cumplió ese sueño, responde:

Después de que entré a participar con la doctora Esperanza² todas son cartas a máquina y contenta, yo tengo todo ese archivo y es para mí parte de mi historia como luchadora por los derechos de las mujeres de nosotras las indias.

La menor: Hablará de sexualidad a sus hijos

Mi papá tiene 55 años y mi mamá 62. Yo tengo 25 años. Yo vivía con mi papá, mi mamá y mis hermanos. Mi mamá tuvo un primer compañero con el que tuvo dos gemelas pero como a ella la abandonó el papá de ella entonces tuvo que regalar una de sus hijas a una comadre de ella, porque no tenía cómo mantenerla. Después tuvo otro señor con el que tuvo otra niña y después se fue con mi papá, con el que tuvo seis hijos. Yo soy la mayor de los hijos de mi papá, de los seis sólo quedamos tres, porque mataron a una hermana y a un hermano y otra hermanita que se murió como de seis meses por muerte natural. Ahora vivo con mi esposo y mi hijo y mi hija desde hace dos años.

Un señor horrible, que era trabajador, que estaba techando la casa y él trató de abusar de mí porque mis papás como habían apenas dos camas, allí acostaban a ese señor y que como era de confianza, a uno lo tiraban a la cama con él y cuando yo sentí eso uno ya sabía a qué atenerse y no quería volver a dormir con ese señor, pero uno no podía decir eso porque los papás a uno no le creían. Ese señor había estado intentando tocarme y cuando eso yo me levanté y me pasé para donde mis papás, y les dije que estaba soñando feo y no volvió a ocurrir nada más porque ese señor no volvió más a la casa, porque una semana después de eso yo le dije a mi papá que yo no quería que ese señor volviera a la casa que porque era grosero y mi papá como que se dio cuenta. A mí nunca nadie me explicó qué era la sexualidad, mi mamá era muy ignorante, porque a mí me vino la menstruación como a los doce años y ella me trató mal, ella dijo que ahora sí era una mierda, que tenía que cuidarme, yo no sabía qué era eso, quería saber por qué sangraba, yo me sentía mal, sentía vergüenza.

Porque a mí me pasó esto tan feo, quiero hablarles a mis hijos de sexualidad para que sepan que se deben hacer respetar y me cuenten cuando algo les suceda, ojalá que tengan la fuerza para hablar y que no les de pena preguntar sobre el cuerpo que es lo que nos pertenece y permite vivir.

La ex combatiente: Allá también éramos discriminadas

Tuve un hogar de 10 hermanos, mi papá y mi mamá. Cinco mujeres y cinco hombres. Yo soy como la antepenúltima, la menor de todas las mujeres, tengo 44 años. Quedé en embarazo a los catorce sin que me diera cuenta. Cuando tuve el

² Esperanza Cerón Villaquirán, médica, quien impulsó desde 1983 el trabajo con las mujeres en el Cauca, a través de la Fundación para la Comunicación Popular Funcop, entidad que dirigió hasta el año 1997.

niño me vinculé más a los procesos del M19, primero pertenezco al EPL urbano, eran tareitas urbanas, que estudiar, que llegaba el del comité central y nos leía la prensa y nos explicaba en qué consistía todo y así pasamos un tiempo y después ya fuimos haciendo tareas y en eso conocí personas, estudiantes del M19 y me vinculé directamente con el M19, cuando eso el M19 era más activo y nos preparaba.

A mí me gustaba mucho estar allá en la organización, pero yo pienso que también estando allá uno también se siente como víctima, como mujer uno se siente víctima de su propio invento, porque allá la mujer no es tenida en cuenta, a pesar de lo que aporta, de lo inteligente que sea y de lo buena que sea para la pelea. Allá las decisiones las toman mucho los hombres, entonces uno busca tratar de salir pero uno encuentra que en todas partes es más fuerte el hombre que la mujer, en muchas ocasiones la mujer no es mirada como una mujer que puede aportar sino que las compañeras son miradas como un instrumento de placer sexual, las tienen ahí para desahogarse. A mí me parecía muy injusto muchas veces que siempre fueran las compañeras las que cocinaban, no me gustaba, no siempre se daba pero uno miraba que las compañeras estaban acostadas y los compañeros se metían al cambuche (vivienda rudimentaria que levantábamos en el monte) y muchas de ellas tenían que callarse porque a mí me contaban, a mí me tocó vivir eso pero yo no me dejé porque yo siempre he sido así, que lo que no me gusta, cueste lo que me cueste, yo lo hablo, ellos llegaban y se metían, siempre eran los de mando, ellos tenían las compañeras pero las mandaban a hacer cualquier cosa para molestar a las otras, pero si ellos hacían bulla los demás se iban a dar cuenta entonces al otro día les hacían escándalos, entonces a ellas les tocaba quedarse calladas y si ellas hablaban las sancionaban poniéndolos a cocinar más y si a uno le gustaba el trabajo político entonces no la dejaban ir, o muchas veces lo desarmaban, cuando uno llega allá pierde todo, allá había mujeres en el comando central pero son más los hombres los que influyen allá, uno pierde todo lo que ha hecho cuando está en la guerrilla y vuelve y empieza de cero.

La máxima autoridad: “Como gobernadora debo estar pendiente de todo”

Somos siete, cinco varones y dos mujeres, y vivíamos con mi papá y mi mamá. Como mi papá era tan pobre no nos daban estudio y yo hice hasta segundo de primaria no más y hasta ahí quedé, yo quería seguir estudiando pero no se pudo, mi hermana mayor tampoco pudo estudiar. Los varones algunos estudiaron, algunos hasta segundo o tercero y no más después ya salieron de la casa porque no había estudio y porque mis papás eran muy jodidos, yo también salí muy pequeña de la casa, como a los 10 años, y estuve por ahí volteando, estuve como cuatro años en Cali en casas de familia y de ahí me fui para donde vivo ahora y por allá coincidí con el compañero que estoy ahora y hace como unos 14 años que vivimos allá, no somos de allá pero nos hemos organizado como cabildo. Tengo una hija y dos hijos.

(...) es muy triste que hubiera pasado una masacre porque a nosotros nunca nos había tocado vivir algo así. Siento igual la guerra, así sea mamá o gobernadora.

Yo como gobernadora, me toca ayudar a resolver conflictos de pareja, cuando tienen hijos, ver qué les corresponde si se separan. Y si no se logran resolver los problemas hasta cierta parte les ayuda a mediar problemas y si ya no entienden nada, entonces, les queda la responsabilidad a ellos. Hay muchos conflictos de familia, sobre todo que muchas veces la compañera se va con otro o ya no quiere vivir con él, muchas veces él se quiere quedar con los hijos o ella.

Para mí antes es lo mismo entre hombre y mujeres. Ahora no es lo mismo porque más antes, cuando se creó el cabildo, mucha gente no acudía al cabildo, era cada uno en su hogar, en cambio ahora, más que todo ellos se preocupan cuando las mujeres vamos a salir. Los hombres buscan más a la gobernadora para las necesidades como lo de la educación y salud. A la escuela están yendo niños y niñas casi por igual. Las cosas han cambiado.

La que le gusta mandar: Aspira a gobernar

Mi relación, no sé si era por la forma cómo me habían empezado a educar, pero yo era una mujer que hablaba muy bien el español y el páez (nasayuwe), yo era una mujer que siempre como que iba a la cabeza y empezaba a dirigir los juegos, empezaba a dirigir lo que se iba a hacer, que a veces nos metíamos a recoger los ovejos, los chivos en las mangas a recogerlos por la tarde porque había que recogerlos al corral, yo daba órdenes, siempre daba órdenes, muchas veces yo me iba al monte y ayudaba y corría, arreaba pero siempre yo organizaba y daba órdenes, vaya por aquí, vaya por allá.

Según lo que explicó esta indígena guambiana, el mando para ella no es para dominar como por tanto tiempo dominaron a los indígenas, sino para organizar, para tener liderazgo; “porque sino siempre nos van a ver como capaces sólo para el hogar, tenemos que demostrar que somos mujeres con don de mando para tomar decisiones, para dirigir la comunidad, para hablar con quien sea, para gestionar en las instituciones, en las ciudades”.

Yo lo que más hacía era reuniones con la gente, programas de capacitación, rescate de los diseños tradicionales, el tejido del chumbe, la ruana, hacía reuniones con la gente y les decía a las compañeras que toda la vida no nos podíamos quedar lavando platos en la casa del cabildo y que nosotras también teníamos derechos de gobernar y de decidir los proyectos que queríamos, que nos paráramos en la asamblea y que nos respetaran lo que decidíamos.

Sueño: que mis hijos estudien, que sean unos grandes profesionales sin perder la identidad. Mis sueños son de pronto llegar a la alcaldía, después a la asamblea, he soñado con llegar a la gobernación del Cauca, he soñado con llegar al Senado o a la Cámara para poder perfilar las cosas donde de pronto en esos espacios se puede trabajar directamente los programas de mujer como son debidos, respetando los derechos y los valores que tenemos las mujeres, no sé si mis sueños son demasiado lejos pero he soñado eso y yo pienso que políticamente me ha ido bien

Tensión del imaginario colectivo

A ver les cuento, sucede que yo me casé en el 1969, me tracé la meta que yo sólo tenía que tener tres hijos y eso lo hablé a mi marido cuando éramos novios, yo siempre le hablaba; yo tuve cinco años de noviazgo con mi marido, entonces yo le hablaba que uno tenía que tener los hijos y había que trabajar para poderlos hacer estudiar.

Sí, los dos éramos, somos indígenas, y allá los “papases”, mi papá, porque yo quedé huérfana de nueve años, mi papá siempre nos cohibía la amistad con los hombres, entonces nosotras allá siempre nos comunicábamos por medio de cartas, nunca nos dejaban ni visitar ni hablar; por ejemplo uno salía al mercado el día lunes, mi papá tenía una tiendita, entonces los muchachos le mandaban a uno una cartica entonces, uno al que le gustaba le contestaba y al que no le gustaba pues no le contestaba; uno no le contestaba esos papelitos esas carticas que mandaban siempre en sobre de carta.

Bueno, teníamos el noviazgo y yo le hablaba de que debíamos trabajar para poder tener los hijos y hacerlos educar y a él no le gustaba, o sea, él, mi marido, en ese tiempo no decía nada, todo decía que sí, todo que sí. Mi propuesta era que a los tres años tuviéramos el primer hijo, hija o hijo, uno en ese tiempo no sabía que habían esas radiaciones, esas cosas de saber si eran hombre o mujer, sólo lo que Dios dijera; bueno, me caso y uno se casa y no está preparado, ni el hombre ni la mujer, y entonces me caso y lo primero que quedé fue embarazada y yo no estaba de acuerdo a que eso sucediera primero sino que primero había que trabajar para poder tener bien a los hijitos.

(...) sucede que en ese tiempo yo estaba apenas recibiendo capacitación del derecho de la mujer, que era con la doctora Esperanza Cerón, pues como a uno lo ordenan a que vaya a socializar y yo fui en una reunión y socialice, al señor no le gustó, o sea, no sólo a él (...) mucha gente no sé, un día me dijeron que yo no podía participar porque alguien de las mujeres dijeron que yo fuera gobernadora y él no me dejó. Dijo que no (...) que yo estaba llevando políticas de afuera (...) bueno, se me ocurrió un día en una asamblea llamarle la atención, le dije mire señor... profesor es que él es profesor, él estudió en la Normal de La Vega y entonces le dije profesor Salomón... -Usted qué cree ...qué me impide a mí trabajar como... en un cargo público (...) yo que es lo que tengo para que me impida a mí trabajar, que yo quiero trabajar con la comunidad, y más que todo con los derechos de la mujer. Dijo: que no, que yo estaba llevando una política de afuera que eso no era conveniente; le dije que yo me había capacitado bien ¿cuál era la política de afuera!, yo no sabía y en esas horas peor, yo vine acá y le pregunté a la doctora Esperanza; le dije Dra. ¿cuál es la política de afuera? (...) La Dra. Esperanza me dijo: lo que ustedes de pronto están enseñados es que la mujer tome una propia decisión y entonces a ellos les da susto de que todas las mujeres tengan sus derechos y entiendan sus derechos (...) entonces viene a un congreso, traje gente al congreso (al Congreso del 96) como que fue un congreso aquí en Popayán, que me hizo traer como cuatro mujeres para que fuéramos y defendiéramos los derechos para que tuviéramos más fuerza.

Múltiples manifestaciones del conflicto

- En las cinco historias de vidas las indígenas asumen que han experimentado conflictos cuando:
- La tierra que les pertenece se la disputan los actores armados. “No hay duda que esto es lo que quieren, así hagan creer o pregonen otras cosas, nunca lo han dicho pero por los hechos sabemos que es así. Quieren nuestras tierras”.
- En las mismas familias hay división y los grupos armados intervienen hasta en los asuntos familiares.
- El maltrato que el papá le daba a la mamá.
- No se ponen de acuerdo en la comunidad.
- No se respetan la ley y la autoridad de los pueblos indígenas ni la del gobierno central.
- Están afectadas por el mismo Estado, la guerrilla y los paramilitares: entonces ¿en quién confiar?
- El intento de suicidio y tener que abandonar la casa.
- El alcoholismo ya no sólo en los hombres, las mujeres se emborrachan y hasta matan sin darse cuenta.
- Ser como la mamá, aunque ahora que han pasado por la experiencia de la maternidad, valoran a su madre después de que de niñas la censuraban y hasta la odiaban.
- La brujería que es una práctica nociva y por la que han tenido muchas muertes.
- La pareja cuando no hay entendimiento, cuando no se responde por los hijos y se maltrata.
- Tienen muchas responsabilidades que las hacen sentir a veces malas madres. Tener que salir mucho de la comunidad y dejar los hijos e hijas sin compañía de personas adultas.
- Cuando las mujeres no pueden decidir.
- La llegada de gente extraña y “no estábamos preparados ni con las armas de las ideas, ahora si con el bastón de la justicia”.
- La guerrilla intentó asesinarla por las propuestas a su comunidad.
- Uno de sus hermanos fue asesinado por paramilitares.
- Llega mucha gente a ayudar y uno no puede confiarse.

- El gobierno es responsable porque casi siempre que hay una masacre en cualquier parte que ya se sabía, pero las autoridades no hacen nada.
- Matan la gente joven: “Nos acabaremos pronto porque cómo va a nacer más población. Nunca nos imaginábamos que la vida se quitara tan fácil, así como nacemos al natural debemos morir cuando el cuerpo no de más, pero no a la brava”. No obstante haber padecido la muerte de su hermano y hermana, el momento que más la afectó fue el homicidio de cuatro jóvenes en el municipio donde vive en la actualidad. O más bien, esto muestra que comprende la magnitud del dolor por haberlo sufrido en carne propia.
- Se enfrentan a los actores armados y saben que siguen las amenazas.

La desconfianza: lo intangible de la guerra

A *grosso modo*, según las historias de vida de las cinco mujeres del Cauca, la desconfianza es el efecto más dramático de la guerra que hoy padece Colombia y que ellas la viven en sus casas, en sus comunidades, en sus entrañas. Esta es la versión femenina de lo que desangra a Colombia y que impide vivir hasta en lo más recóndito del ser.

En las cinco historias, las indígenas coinciden en que en Colombia no se puede confiar ni en la familia, ya sea por asuntos de tierras o porque parte de su gente son integrantes de los diferentes bandos enfrentados. Entonces, no saben cómo proceder, con quién hablar, a quién pedir ayuda, ya que hasta en el propio gobierno de la sociedad llamada mayor hay personas que llevan y traen y cuando menos piensan en sus comunidades están buscando para matar. Hay una obsesión por encontrar culpables en las comunidades, cuando quienes han causado el mal son personas ajenas que llegaron a sus tierras o que se aprovechan de su pobreza para ofrecer trabajo en tareas indebidas. Según las cinco indígenas es por esto que los hijos se van, las hijas son engañadas y los maridos los matan, y ellas son las últimas en darse cuenta que la guerra se les metió en la casa, en sus resguardos, en sus cabezas porque siempre están pensando en qué hacer para que los actores armados entiendan que las comunidades indígenas lo que quieren es la paz.

Temo mucho por el futuro de los jóvenes porque por la situación económica muchos de ellos ingresan al ejército o si no a la guerrilla y a veces se presenta el caso que un familiar ingresa al ejército y otro a la guerrilla.

El conflicto armado afecta a las mujeres, por ejemplo, los hijos por falta de recursos económicos, por falta de tierras productivas, o familias numerosas que escasamente viven en una huerta pequeña, terminan ingresando al ejército para solventar sus dificultades económicas y si un hermano se va, al otro hermano la guerrilla le ofrece otra opción económica y terminan enfrentándose entre la familia o parientes, entonces, las más afectadas somos las madres porque sea guerrillero, paramilitar o soldado, ellos son nuestros hijos o maridos.

Estamos afectadas por el peligro que estamos atravesando donde pienso mucho en las niñas adolescentes que muchas veces son engañadas o se enamoran de esta gente extraña y se van de la comunidad y luego vienen embarazadas y maltratadas.

Por lo anterior, las mujeres están dispuestas a salir a contarle al mundo que no quieren extraños, que quieren trabajar, que quieren volver a confiar que la vida vale la pena, que hay gente buena, que son capaces de negociar, que su gente preparada la necesitan para intercambiar y desarrollar el conocimiento propio y externo; que tienen limitaciones de comunicación, económica pero estas limitaciones que son impuestas no implican barbarie, que a sus comunidades pueden llegar visitantes con la seguridad de volver a salir. Muestra de esta convicción son las iniciativas paces de vigilancia y defensa de las comunidades que, mediante su organización, han repelido a los grupos armados que se atreven a llegar a sus territorios. Varias experiencias al respecto han sido destacadas por las Naciones Unidas: el actual alcalde de Toribio secuestrado por la guerrilla fue recuperado por comuneros indígenas y en diciembre de 2004 galardonado como gestor de paz.

En este país desgarrado y sin esperanzas a la vista las indígenas quieren alzar sus voces, sus miradas y dar su acumulado histórico como seres que nunca han agenciado la guerra, para proponer y trabajar por una Colombia distinta, por la Colombia que soñamos, que necesitamos como el lugar para vivir sin miedos, contrario a los que está sucediendo en la actualidad que las acecha la muerte por la desconfianza, que despiertan por estar participando, por estar enseñando, aprendiendo lo que es el diario convivir; por decir que su cuerpo, sus sentimientos no deben ser usados como botín de los grupos armados; pero también por estar planteando que las mujeres quieren participar y exigir recursos con el fin de que las ideas salgan a flote y resurja una nueva patria y una nueva manera de relacionarnos con respeto y con dignidad.

La dignidad de reconocerse y que se les reconozca en lo étnico, en lo individual, en lo político, en lo religioso, en que son diferentes pero no

inferiores. Que sus hijos e hijas salgan de sus territorios porque quieran pero no porque se les obligue, se les engaña con promesas de tener lo elemental y aun más. Sobre esto manifiestan:

Espero que otras mujeres tomen conciencia de la importancia de hacer respetar sus derechos como mujeres. Como indígenas luchamos por la tierra, por la organización, por la defensa de nuestras tradiciones, pero ahora sabemos que los derechos de las mujeres también nos ayudan para capacitarnos y para que tengamos otras oportunidades en nuestras propias comunidades y cuando nos juntamos con otros grupos. Por estos derechos podemos decir que nuestro cuerpo, nuestras ideas son tan importantes para sacar adelante los proyectos y la justicia de los pueblos indígenas.

Considero que las mujeres responden de una forma vulnerable frente al conflicto por la sumisión a los hombres y así no podemos seguir.

Quedarnos en silencio ante el conflicto provoca más daño. Estamos cansadas pero no derrotadas.

Las cinco indígenas reconocen que deben comprometerse cada vez más con el futuro de sus comunidades, para lo cual se necesita más y mejor liderazgo. En consecuencia, consideran que la transparencia para gobernar, saber sobre derechos humanos y saber escuchar a la comunidad son los valores más importantes para ejercer liderazgo. Asimismo, que les agrada lo que hacen, que sean libres para pensar y que se les brinde preparación académica sobre los avances y procesos sociales.

Según las cinco indígenas, Colombia y sobre todo, sus territorios y sus costumbres son un continuo conflicto, antes era con los españoles, luego con los liberales y conservadores, y ahora con el mundo armado “dizque para cuidarnos, todos se creen tener razón y ¿la nuestra dónde está, dónde queda?”.

Yo me acuerdo tanto que yo me subía en un palo, en Río Blanco había un palo de Teterete que es un palo grandote y me subía a ese palo porque mi abuela decía hay que irse al pueblo porque en estos días viene la chusma, los bandoleros, porque de pronto arriman por aquí, eso era lo que contaba ella, que a ella le decían era peligro porque ellos llegaban y violaban a las muchachas, eso era lo que decía mi abuela, y yo me acuerdo que a mí no me daba miedo y yo me subía al palo a ver si veía. En ese tiempo se hablaba de Tiro Fijo, de Sangre negra, cuando vengan hay que meterse al horno, en el horno grandote de hacer pan metían a las mujeres para disimular y sino al “soberao”, a mis hermanas sí les tocó esconderse porque mi mamá las metía en el horno o al “soberao” porque muchos llegaban allá, ellos decían que los policías de Rosas, los pájaros que mandan los godos, decían que ellos llegaban, en ese tiempo mataban a los dirigentes liberales, los líderes tenían que esconderse y cuando no los encontraban a ellos

violaban a las mujeres. Mi mamá nos contaba a veces, yo recuerdo bien pero esto sí es verdad porque mi hermano todavía tiene el sable que le habían quitado dizque a un sargento de Rosas, entonces resulta que ese sable, la gente ya estaba aburrida porque cada vez que iban al pueblo la gente tenía que esconderse, ellos hacían y deshacían, entonces una vez planearon una fiesta en la casa de mi abuela porque sabían que ese día llegaban ellos; entonces les dijeron que era una fiesta de recibimiento a ellos, entonces ese día ellos fueron a esa fiesta y la fiesta era con vela, les hicieron una buena comida, mataron gallinas, consiguieron asientos, les dieron chicha, guarapo, y cuando estaban bien prendidos los desarmaron y los iban a matar, les apagaron las velas, les quitaron los sables y mataron a dos porque la gente ya estaba cansada de solamente esconderse. Por ejemplo mi papá estaba muy herido, él lloraba contándonos, usted viera cómo él cuenta esas historias, él tenía un perro muy lindo, y como mi papá era un líder, era muy organizador y le gustaba organizar la gente y le mataron al perro en los pies de él, de tres tiros y eso era para que mi papá chistara para matarlo a él, pero él no dijo nada por miedo que le mataran a la familia; y una vez fueron a buscar a mi papá a la casa y mi mamá lo escondió, con una de nosotras en la leña, cuando estaba bebecita y los buscaron en casa y ese día mataron como a cinco, eso fue a la madrugada de ese mismo día porque se devolvieron a buscar los sables, esas historias uno las oye.

Necesitamos que se concienticen que en las comunidades indígenas no tenemos culpa de nada y la pelea es entre militares y actores armados y pagamos nosotros que no tenemos nada que ver. Y creemos que la guerrilla nos está apoyando pero ellos nos están destruyendo moral y materialmente, y el gobierno por no hacer nada también hace mucho en contra de quienes siempre hemos trabajado la tierra y conservado la naturaleza.

Después de oír las cinco historias y de ponerlas en relación con las historias de vida de las mujeres de las otras regiones, se puede colegir que el desplazamiento en Colombia es estructural y que las mujeres no sienten que haya seguridad democrática; lo que hay es un complot para expropiar los recursos naturales y la sabiduría de los pueblos ancestrales sobre dichos recursos y sobre sus prácticas propias para gobernar, para actuar, para que se les reconozca en la diferencia, en sus ganancias históricas y políticas que tanto les ha costado a los pueblos indígenas.

(...) creemos que es que nos quiere sacar por el agua, hacen el simulacro que están detrás de la guerrilla, los jóvenes casi no opinan, eso lo analizan los de sesenta para atrás.

Los cultivos de uso ilícito y el narcotráfico

Uno ve que el conflicto armado es progresivo, cada día uno ve que aumenta por el cultivo ilícito, la gente cultiva la amapola porque es lo único que se vende y es lo que da plata. El conflicto armado va aumentando a pesar de los programas del gobierno, porque los dineros están destinados a la gente que siembra, entonces

los que no sembraban el cultivo ilícito terminan sembrándolo para recibir las ayudas ya que los dejan desprotegidos. Eso es una cadena que no termina sino que se va agrandando. Yo pienso que el conflicto con la guerrilla es por los cultivos ilícitos y con los compradores que es gente extraña que llega y se va. El conflicto cada vez se agudiza más.

En las comunidades indígenas hay mucha violencia intrafamiliar por los cultivos ilícitos los hombres consiguen buena plata se la tiran en bebida y se presentan maltratos en la familia. Muchas niñas de 12 años se van de las casas porque ya no se aguantan al papá o la misma mamá. También el cabildo ha ido detectando drogadicción.

Les voy a contar lo que se de una amiga del Macizo: “Mi hija nació con malformaciones, es un ser que, sólo yo que vivo con ella sabe que existe, porque de la cama nunca se levanta, me toca servirla en todo y no ha habido poder humano para que el gobierno me ayude ni siquiera para comprarle una droga para que no convulsione. Ella nació así porque cuando yo estaba en embarazo llegó de repente un avioneta a fumigar a la vereda, dizque porque hay que acabar con la coca, pero al parecer lo que quieren es acabar con la pobreza de una vez por todas, mejor, con la gente que no tenemos ni para comer. Por esto estaba en mi parcela cuidando la yuca y la cebolla, cuando ese pájaro de metal llegó, yo supe realmente de su daño cuando mi hija nació así.

Otras preocupaciones que las mujeres narran en sus historias de vida se condensan en los siguientes apartados:

Amenazas de matanzas de tomarse la tierra que es atentar contra la libertad, la tranquilidad de estar como mujer desarrollando procesos propios en la economía, porque por estar enfrentando estas situaciones de guerra, no pueden trabajar para la casa y entonces sí hay hambre.

El enfrentamiento de todos los grupos, cuando van solitos unos los llama a dialogar y hasta buena gente son. Pero el problema es cuando hay enfrentamientos y uno ya no sabe quién es quién. Es un fuego cruzado que nos toca vivir.

A nivel comunitario lo que las mujeres manifiestan es que respeten su territorio por ser resguardo, que es lo que les ha dado la posibilidad de tener sus propias normas y ganar autonomía; pero a lo mejor por eso es que quieren acabar sus conquistas. Los actores armados sienten que las organizaciones y autoridades indígenas son amenazas que les dificultan la apropiación y explotación de tierras, y conocimientos ancestrales.

El paramilitarismo

Ahora se han presentado más problemas con la llegada de los paramilitares porque han matado a más gente con la idea que son informantes y la más afectada es la mujer porque se queda con sus hijos sola y la mujer tiene que

enfrentarse sola para mantener sus hijos, trabajar muy duro para poder educarlos.

Por aquí nosotras las mujeres ya no podemos vestirnos con la ropa adecuada para el calor, estos señores también utilizan el fúsil para obligarnos a no ponernos “chores” o faldas cortas porque esto va en contra de la moral y así, les damos mal ejemplo a los hijos.

La múltiple vulnerabilidad

Si hacemos proyectos para nosotras mismas piensan que es la guerrilla que nos dice qué hacer y entonces el ejército duda de nosotras y nos llevan y cuando les mostramos qué lo que hacemos es por nuestro bien, por las mujeres para que no sigamos sometidas, entonces nos sueltan. Luego viene la guerrilla y nos manda a decir que por qué estábamos con el ejército somos informantes. Y en la casa nos dicen que para evitar problemas no volvamos a reuniones y si vamos recibimos una tunda, una golpiza. Pareciera que el silencio es nuestra suerte y ustedes ¿creen que es posible vivir sin hablar? Si nos obligan a que seamos mudas, entonces sí es mejor morir. “Por esto ahora entendemos lo que aprendimos en las movilizaciones de la Ruta Pacífica: No queremos parir hijos e hijas para la guerra. Llegamos a pensar que ustedes, las que empezaron con estas marchas, estaban locas, cómo vamos las mujeres a dejar de ser madres, se acaba el mundo; pero si nos siguen maltratando y no entienden los actores armados y el gobierno que lo que necesitamos es la paz, de verdad que es mejor que nosotras acabemos con el mundo al no parir antes que nos sigan pisoteando la dignidad como mujeres y como pueblos indios.

scorrales@unicauca.edu.co

Socorro Corrales Carvajal. Lingüista, coordinadora del Grupo de Lectura y Escritura, Universidad del Cauca.

Recepción: 15 de diciembre de 2004

Aprobación: 10 de enero de 2005

Bibliografía

- Arjona Garrido, Ángeles y Juan Carlos, Checa Olmos (2000), *Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social*, Madrid: Laboratorio de Antropología Social y Cultural, Universidad de Almería.
- Blair, Elsa y Luz Marina, Londoño (2003), *Mujeres en tiempos de guerra*, Informe de investigación inédito, Medellín: Instituto de Estudios Regionales Iner de la Universidad de Antioquia y Conciencias.
- Centro legal para derechos reproductivos y políticas públicas (Demus) (1997), *Estudio para la defensa de los derechos de la mujer*, New York: Mujeres del mundo.

- Cepam (1990), *Cuatro obras de mujeres*, Experiencia del Centro de mujeres de Solanda.
- Espinosa, Miryam Amparo (1998), "Práctica social y emergencia armada en el Cauca", en Sotomayor, María Lucía, *Modernidad, identidad y desarrollo*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología y Colciencias.
- Feixa, Carles (2003), "La imaginación autobiográfica", en la *Revista Nómadas: Desafíos de la investigación cualitativa*, Bogotá: Universidad Central.
- Gadamer, Hans-Georg (2000), *Elogio de la teoría. Discursos y artículos*, Barcelona: Península.
- Ggodard, Francis y Robert, Cabanes (1996), *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*.
- Gómez, Herinaldy y Carlos Ariel, Ruiz (1997), *Los paeces: Gente territorio. Metáfora que perdura*, Popayán: Universidad del Cauca y Fundación para la Comunicación Popular Funcop.
- Gutierrez Giradot, Rafael (1998), *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto*, Bogotá: Panamericana.
- Larrosa, Jorge y otros (1998), *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Barcelona: Alertes.
- Mies, María (1998), *¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista?*, El debate en torno a la ciencia y la metodología feminista, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco,
- Londoño Echeverri, María Ladi (2001), *El arte de la Paz. Mirada de mujer*, Cali: Iseder.
- Memorias del Primer encuentro de mujeres campesinas e indígenas de América Latina y del Caribe (1998), noviembre 28 a diciembre 2, Bogotá.
- Navia, Carmina (2003), *Guerra y paz en Colombia. Miradas de mujer*, Cali: Colección la tejedora-Escuela de estudios literarios. Universidad del Valle.
- Portela Guarín Hugo y Grupo Antropos (2002), *Hacia la construcción de programas integrales de salud en las comunidades indígenas del Putumayo*, Popayán: Universidad del Cauca, ECOPELROL.
- Pujadas Muñoz, Juan José, *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Centro de Investigación sociológicas, cuadernos metodológicos.
- Ramírez, María Clemencia (2001), *Entre el Estado y la Guerrilla: Identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos Cocaleros del Putumayo*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Riaño Alcalá, Pilar (1999), "Recuerdos metodológicos: el taller y la investigación etnográfica", en revista *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, México: Universidad de Colima.
- Ruta Pacífica de Mujeres de Colombia (2003), *Efectos del conflicto armado en las mujeres y formas de resistencias*, Proyecto de investigación, Medellín.
- Vargas Mesa, Ricardo (2003), "Drogas, conflicto armado y Desarrollo Alternativo. Una perspectiva desde el sur de Colombia", junio, Novib - Embajada de la Alemania.
- Valles, Miguel (2000), *Técnicas cualitativas de investigación social (Reflexión metodológica y práctica profesional)*, Madrid: Síntesis.